

QUIÉN ES MARÍA

Colaboración de María E. Madrigal Coahuila, México

Dentro de la historia de la Salvación, es indiscutible el lugar de excelencia que ocupa la Virgen María.

Ella es quien recibe, a nombre de toda la humanidad, al Salvador del mundo, es la vía que Dios escogió para hacerse hombre.

Por eso, acercarnos a ella, y acogernos a su intercesión es tomar el mismo camino divino de redención.

Todos los calificativos y títulos honrosos de María, tienen su fundamento principal en la Palabra de Dios y en la tradición cristiana, porque para nosotros los católicos María es ni más ni menos lo que en la Biblia se dice de ella.

Es María la primera mujer que confía absolutamente en las promesas de Dios para convertirse en el pilar de nuestra historia.

Ella es la “Nueva Eva”, quien va a realizar una experiencia única e irrepetible por la cual quedará convertida en Madre de todos los creyentes. Veamos, en esta ocasión, algunos con los cuales María es honrada en los evangelios.

María es la “llena de Gracia”

La palabra “gracia” significa favor, ternura, misericordia y proviene del griego “kharitoo”. Decir que María es “la llena de gracia”, es decir que Dios la ha mirado con tal intensidad de amor y predilección, que la ha inundado de su misma Presencia. Ella es la única persona a quien Dios le ha hablado así: “Tú eres la muy amada, la favorecida”. De ahí se comprende la sorpresa y conmoción de María al verse sin pecado y amada de Dios de un modo tan singular. En su sencillez y pobreza, María no sabía que en ese momento era ella el centro de la historia, como hemos dicho con anterioridad, al principio de esta meditación.

Pero más que este título sea una flor más para María, estas palabras del ángel son un verdadero nombre nuevo para ella.

Este nombre nuevo, en la mentalidad del Antiguo Testamento, significa también una nueva misión encomendada. María, como los grandes de la historia (Abraham, Jacob, Moisés) entiende que su misión tiene una importancia trascendental. María no es un ángel del cielo, sino un ser concreto y determinado elegido por Dios.

De ahí en adelante, toda su existencia estará sostenida por Dios, inspirándole sus decisiones y revelándole la vocación espacialísima que recibe.

El “Sí” generoso que expresa María la convierte en “vaso lleno de gracia” para toda la eternidad, pero no obstante esto, tendrá que vivir de la fe y la esperanza en Cristo como cualquier mortal.

Su experiencia de Dios le hará superar los problemas y las dificultades, pero no la libraré del sufrimiento.

La Bendita

Esta alabanza a María expresa también la plenitud de Cristo “el Mesías” en ella. Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, la llamará así porque reconoce en ella a Dios, que con todo su poder y generosidad la ha escogido entre todas las mujeres para esta tarea salvífica.

Estas palabras que nosotros rezamos constantemente en el Ave María, deben ser repetidas por los cristianos con el mismo ánimo y viveza con que las dirigió Isabel, pues son el anuncio de la bendición a María y a todos los hombres por la llegada de Jesús, el Hijo de Dios. No hay mayor alegría en el corazón del hombre que la presencia de Jesús, por eso María es la primera bendecida. Se dice que Santa Matilde recibió esta revelación de María: “Esto es lo que más me gusta escuchar de mis hijos: el Ave María, porque cada vez que lo escucho vuelvo a sentir el gozo y la alegría indecible que experimenté en la Encarnación”. Así, cada vez que repetimos los nombres y títulos bíblicos de María hacemos vivos en nosotros los mismos misterios divinos de salvación.

La “Humilde Esclava”; la “Servidora del Señor”

Es el título que elige María para nombrarse a sí misma, que nos muestra su participación y personalidad en la obra redentora de Cristo.

Ella siempre dice “Sí” a nombre de toda la humanidad a todas las propuestas divinas poniendo en ellas toda su confianza.

María, en este sentido, primero que ninguna otra criatura, es modelo de humildad. Reconoce que todo es gracia y don recibido de Dios. Es su virtud característica, únicamente manifestada en el canto del “Magnificat”, pero presente en toda su vida. Su docilidad ante la ley, su prudencia discreta, su sensibilidad particular para reconocer la voluntad divina en cada situación y estar dispuesta a cumplir; pero principalmente en el silencio constante de aceptación que llenó toda su vida y se transformó en un incansable servicio a los demás al impulso del Espíritu Santo. Santa Teresa de Jesús define la

humildad como “Andar en verdad”, por ello, María vive sin llamar la atención a pesar de su condición.

Guardando las debidas distancias entre Jesús y María, el dicho “Detrás de un gran hombre hay una gran mujer”, nos ilustra sobre la misión maternal de María. María es la madre oculta dentro en el silencio detrás del poder y la fama de su Hijo. Muchas madres de familia han sacado a sus hijos adelante a costa de muchos y grandes sacrificios, gracias a las cuales estos terminaron una carrera universitaria y se hicieron importantes. La sociedad reconocerá al Licenciado o Arquitecto, pero nunca conocerá a la madre que está en un segundo plano y que apoyó el esfuerzo del hijo, el cual vivirá eternamente agradecido y le profesará un amor muy especial.

La “Bienaventurada”

Esta es sin lugar a dudas una expresión profética en labios de María; es el germen e inicio de la veneración espacialísima que le tendrá la humanidad por los siglos de los siglos.

Isabel, su prima, fue la primera en honrarla, admirarla y reconocerla como la madre del Señor, y la Iglesia repetirá a través de todas las generaciones esta alabanza.

María nunca ansió la venida del Mesías en provecho propio ni para conseguir una ventaja personal, sino en nombre de las promesas de Dios. María es fecunda por el poder de Dios que la hará madre de Jesús, es decir, de todos los que con Jesús alcanzamos la salvación.

Por su unión profunda con Jesús, María participa en el Misterio Pascual. Ella vive las bienaventuranzas, al mismo tiempo que comparte los sufrimientos de Cristo y participa ahora de la Gloria de los bienaventurados. Es el mismo Jesús quien la ensalza por cumplir fielmente su voluntad. San Agustín también lo expresó: “María es más bienaventurada por la fe que tenía en Cristo que por haberle dado el cuerpo. Su ligamen materno no habría valido nada si no hubiera sido por haber llevado a Cristo en su corazón.

En próximos números continuaremos conociendo un poquito más sobre María, la Madre del Salvador, la madre de nuestro Señor Jesucristo.